



# HOMILÍA

## MISA CRISMAL

22 de octubre de 2020

Textos bíblicos

Primera Lectura: *Is* 61, 1-3a. 6a. 8b – 9

Salmo responsorial: *Sal* 89, 21-22. 25. 27

Segunda Lectura: *Apoc* 1, 4b-8

Evangelio: *Lc* 4, 16-21

1. “El Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar una buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados... para consolar a los afligidos... para cambiar su ceniza en corona, su luto en perfume de fiesta, su abatimiento en traje de gala” (*Is* 61, 1. 2. 3).

¿Quién de nosotros **podría haber imaginado** que la Misa Crismal, celebración de las más concurridas, la tendríamos a las puertas de finalizar el año?

La santa Misa Crismal, a pocos días de un acto de gran trascendencia para nuestro país, en un ambiente de polarización y escasas señales de diálogo fraterno, de búsqueda clara del bien común, especialmente de la paz y la justicia.

La Misa Crismal con el dolor de las iglesias incendiadas, atacadas como el querido templo de “San Francisco” en nuestra ciudad. Manifiesto en nombre de la Arquidiócesis la cercanía a la comunidad Franciscana y a los fieles que tanto aprecian el valioso templo de “San Francisco”. Unámonos en oración para pedir al Señor piedad y misericordia por el acto de ataque sufrido, reparemos el daño causado por la profanación a la dignidad del templo con nuestras plegarias y ofrecimiento de sacrificios.

¿Quién **podría haber sabido** que situaciones tan complejas y dolorosas afectarían este año al mundo, a nuestro país, a la región, a nuestras familias... a cada uno de nosotros?

La pandemia del COVID-19 nos dejó perplejos y aún hoy en diversos modos nos sigue azotando. Habitados a proseguir adelante, siguiendo nuestros razonamientos y planificaciones, la situación que creó este virus furioso nos puso en un escenario en el que atónitos observábamos como variados aspectos de la vida se desmoronaban.

Sorpresivamente se apoderó de nosotros la preocupación, el temor, la angustia frente un futuro incierto.

Ante nuestros ojos: sufrimiento por doquier, dolor desgarrador, preocupación y temor, angustia, soledad y muerte.

Con la gracia del Señor, el consejo y la ayuda fraterna que, gracias a Él, no nos falta, buscamos vivir nuestra vocación sacerdotal en uno de los momentos más complejos y difíciles de la historia humana.

¡No estábamos preparados! Todo vino de improviso. Sabíamos que el Señor requeriría de nuestra entrega, amor y fidelidad en momentos felices y gozosos de nuestra vida, como en aquellos complejos y dolorosos. Así lo pensamos y reflexionamos muchas veces en la etapa inicial de formación en el Seminario. Fue nuestro convencimiento también en el día inolvidable que fuimos llamados para la ordenación sacerdotal, ante el altar del Señor y la comunidad cristiana.

Al escuchar hoy la palabra de Dios por boca del profeta Isaías -el mismo pasaje previsto para cada año en la Misa Crismal- comprendemos más profundamente el alcance de nuestro llamado, el don de la vocación, la unción recibida, la misión asumida en libertad y por amor: “El Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar una buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados... para consolar a los afligidos... para cambiar su ceniza en corona, su luto en perfume de fiesta, su abatimiento en traje de gala” (Is 61, 1. 2. 3).

2. “Encontré a David, mi siervo, y lo unguí con óleo sagrado. Porque mi mano le dará firmeza y lo fortalecerá” (*Sal* 89, 21-22).

Hermanas y hermanos:

Nadie de nosotros tendrá la pretensión de pensar que han sido sus fuerzas y capacidades, las que hasta ahora le han sostenido en pie.

No son, en efecto, nuestras seguridades, ni nuestro empeño, aunque siempre necesario, tampoco nuestras buenas ideas y proyectos.

¡Es la gracia del Señor! Él nos ha custodiado y prosigue haciéndolo. Él está a nuestro lado, de nuestra parte.

Es la confianza y seguridad que nos brinda el Salmo 89 (88), que acabamos de recitar: “Encontré a David, mi siervo, y lo unguí con óleo sagrado. Porque mi mano le dará firmeza y lo fortalecerá” (vv 21-22). ¡Es la mano del Señor, la que da firmeza y seguridad!

Es la fidelidad y el amor del Señor inquebrantables que nos sostienen en todo momento. Acostumbro decir a los fieles que, en toda circunstancia, alegre, festiva y de regocijo, aún más en aquellas tristes y dolorosas, **siempre estamos en las manos de Dios**. Hoy lo repito a ustedes, queridas hermanas y hermanos, que en comunión están viviendo esta Misa Crismal -a través de medios de comunicación social y plataformas digitales- lo digo también a ustedes apreciados hermanos sacerdotes: **siempre estamos en las manos de Dios**. El salmista así lo escribió y nos lo ha transmitido: “Mi fidelidad y amor lo acompañarán, y por mi Nombre triunfará. Él me invocará: Tú eres mi Padre, y mi Dios, mi Roca salvadora” (vv 25-26).

Por ello, entonamos tres veces la antífona: “Cantaré eternamente tus misericordias, Señor” y nos unimos a las palabras del Apocalipsis en la segunda lectura que acabamos de oír: “Al que nos ama y nos libró con su sangre de nuestros pecados, e hizo de nosotros un reino, sacerdotes de su Padre Dios, a Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (*Ap* 1, 5-6).

3. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción... y proclamar un año de gracia del Señor... hoy se ha cumplido este pasaje de la escritura que acaban de oír” (*Lc* 4, 18. 19. 21).

Es el pueblo santo de Dios en su totalidad **el ungido con el óleo de la alegría**. Es Cristo el Señor, “el Testigo fiel, el Primero que resucitó de entre los muertos, el Rey de los reyes de la tierra” (*Ap* 1, 5), como oímos de la segunda lectura del Apocalipsis el que ha hecho de “nosotros un Reino sacerdotal para Dios, su Padre” (v 6).

Para el servicio de su pueblo, también nosotros fuimos **ungidos, con el óleo de la alegría**. Siguiendo a nuestro Maestro, el Ungido, como su nombre lo dice, Cristo, estamos llamados, como Él, a “dar Buena Noticia a los pobres, anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor” (*Lc* 4, 18-19).

¿Es posible que un año de tanto sufrimiento, incertidumbre, angustia y muerte sea un “año de gracia del Señor”?

¿Es oportuno comprometerse en primera línea en este anuncio que pareciera contradictorio?

En pensamientos, razonamientos y perspectivas meramente humanas, evidentemente la respuesta es un rotundo no.

Sin embargo, andando el camino de Jesús, la respuesta, aunque purificada por el dolor, es un **heme aquí Señor**, como nuestro Maestro, es un sí al Padre, aún siguiendo las huellas marcadas por la sangre del Cordero hasta la muerte en cruz para despertar al gran día, el primero, al alba maravillosa de la resurrección. Con su misterio de pasión, muerte y resurrección, el Señor ha dado el sigilo final a nuestra esperanza.

Es la esperanza cierta que nosotros como pastores no solo estamos llamados a anunciar, sino a vivir y a dar testimonio de ella en la comunidad que se nos confió.

Al renovar ahora, queridos hermanos sacerdotes, las promesas sacerdotales que hicieron el día de su ordenación sacerdotal, les pido **fijar su mirada en Jesucristo**, quien los llamó a tan gran vocación de servicio en su Iglesia, **contemplar de igual modo a su querida comunidad**, que tanto espera de ustedes, de su presencia, palabra y testimonio.

A Jesucristo, el supremo Pastor, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

